

La página viva

Ascenso y descenso del A Bao A Qu

José de la Colina

Para contemplar el paisaje más maravilloso del mundo, hay que llegar al último piso de la Torre de la Victoria, en Chitor. Hay ahí una torre circular que permite dominar todo el horizonte. Una escalera de caracol lleva a la terraza, pero sólo se atreven a subir los no creyentes de la fábula, que dice así:

En la escalera de la Torre de la Victoria habita desde el principio del tiempo el A Bao A Qu, sensible a los valores de las almas humanas.

Vive en estado letárgico en el primer escalón, y sólo goza de la vida consciente cuando alguien sube la escalera. La vibración de la persona que se acerca le infunde vida, y una luz interior se insinúa en él. Al mismo tiempo, su cuerpo y su piel casi translúcida empiezan a moverse. Cuando alguien asciende la escalera, el A Bao A Qu se coloca en los talones del visitante y sube prendiéndose del borde de los escalones curvos y gastados por los pies de generaciones de peregrinos. En cada escalón se intensifica su color, su forma se perfecciona y la luz que irradia es cada vez más brillante. Testimonio de su sensibilidad es el hecho de que sólo logra su forma más perfecta en el último escalón, cuando el que sube es un ser evolucionado espiritualmente. De no ser así, el A Bao A Qu queda como paralizado antes de llegar, su cuerpo incompleto, su color indefinido y la luz vacilante. El A Bao A Qu sufre cuando no puede formarse totalmente y su queja es un rumor apenas perceptible, semejante al del roce de la seda. Pero cuando el hombre o la mujer que lo reviven están llenos de pureza, el A Bao A Qu puede llegar al último escalón, ya completamente formado e irradiando una viva luz azul. Su vuelta a la vida es muy breve, pues al bajar el peregrino, el A Bao A Qu rueda y cae hasta el escalón inicial, don-



El capitán Richard Burton

de ya apagado y semejante a una lámina de contornos vagos, espera al próximo visitante. Sólo es posible verlo bien cuando llega a la mitad de la escalera, donde las prolongaciones de su cuerpo, que a manera de bracitos lo ayudan a subir, se definen con claridad. Hay quien dice que mira con todo el cuerpo y que al tacto recuerda la piel del durazno.

En el curso de los siglos el A Bao A Qu ha llegado una sola vez a la perfección.

Richard Burton,

Las mil y una noches; transcripción
¿o invención? de Jorge Luis Borges.

Este maravilloso texto fue por primera vez publicado en español en el *Manual de zoología fantástica* de Jorge Luis Borges, quien lo habría transcrito de las notas añadidas a pie de página por el explorador, traductor y

literato inglés Richard Francis Burton (1821-1890) en su versión de *Las mil y una noches* (*The Thousand Nights and a Night*).

Como Borges nunca dio la referencia de la página burtoniana a cuyo pie se hallaría el relato del A Bao A Qu, podría ser que el portentoso ser imaginario fuese invención, no de los muchos autores resumidos en *She-rezada*, que contaba cuentos para demorar y finalmente evitar la muerte por orden del sultán, ni del hazañoso capitán Burton que estuvo a punto de descubrir la fuente del Nilo y que, disfrazado, arriesgó su vida para estar ante la sagrada gran piedra adorada por los árabes, sino del mismo Borges, quien, siendo de veras erudito, habría “cometido” otra de sus hazañas de falsa erudición.

Lo que me parece cierto es que la fábula, o la leyenda, o el cuento del A Bao A Qu, con su movimiento de relato ascendente y descendente y por siempre reascendente, alcanza un nivel equiparable al del mito griego de Sísifo, el eterno reniciador de un ascenso a una cumbre: ¿a la felicidad eterna, a la perfección como ser humano, a la condición divina?

El del A Bao A Qu sería un cuento metafórico acerca del ascenso y el descenso de la vida o el alma humanas, pero es por lo pronto admirable como sola ficción, como la creación de un animal fantástico que vive, muere y revive creándose a partir de su propia luz. Comenzado en un vasto paisaje exterior, el que rodea a la enorme y circunvoluntiva fortaleza de Chitor, el cuento, en una progresión de detalles no simplemente circunstanciales, finaliza en sugerida intimidad: acariciando la piel de un durazno, la cual solemos comparar a la de un rostro femenino, o viceversa. **U**